

¿ES REVERSIBLE EL COMUNISMO?

por JEAN-FRANÇOIS REVEL* **

De golpe parece posible pensar en la reversibilidad del comunismo. Primero las reformas económicas de 1979 en China; luego las audaces acciones y, especialmente, palabras de Mijail Gorbachov han apuntado en dirección a un cambio al que algunos observadores occidentales no han vacilado en aplicar el término de revolucionario.

Los numerosos planes y proyectos internos no son los únicos indicios de transformación. Hasta ayer, tanto la doctrina como los hechos proclamaban que las entidades geográficas, una vez incorporadas a la esfera comunista, jamás podían disociarse de ella. Ahora, por primera vez en su historia, el expansionismo comunista parece, para algunos, llevar boleto de regreso, al dividirse en la práctica países ya conquistados, mientras se abandona a los que resultaron directamente imposibles de avasallar. ¿Significa esto que el comunismo puede ser no sólo reversible, sino además destructible?

Para responder a esta pregunta debemos tener en cuenta dos tentaciones opuestas. La primera es la que lleva a juzgar lo nuevo exclusivamente por referencia a lo antiguo, aferrándose, por ejemplo, al argumento de que las reformas periódicas que han marcado la historia del comunismo no han logrado alterar la naturaleza esencial del sistema. Esta actitud crea el riesgo de pasar por alto un cambio cuando se produce. La segunda tentación es la de insistir en ver algo nuevo donde sólo hay una repetición o una variación de lo antiguo, una novedad en la forma que es inmutabilidad en el fondo.

La segunda tentación es a la vez más común y más peligrosa que la primera. Más común, porque a las democracias les encanta pensar que sus problemas se resolverán cuando sus adversarios dejen de serlo; de este modo, tienden a aferrarse ávidamente a todo indicio de que el comunismo, por cuenta propia, milagrosa y pacíficamente, se convierte y pasa al bando de la libertad y la hermandad universales. Más peligrosa, porque a fin de cuentas uno querrá siempre ser sorprendido agradablemente y no al contrario por los acontecimientos.

Una forma de evitar los excesos, tanto del escepticismo como de la credulidad, es dar crédito exclusivamente a las iniciativas que se han inscrito en la práctica de forma duradera. Los comunistas querrían que modificáramos nuestras políticas a la luz de sus sinceras declaraciones de intenciones, pero la sinceridad no es una categoría política; en todo caso, no lo es a

* JEAN-FRANÇOIS REVEL: Periodista y escritor francés. Redactor del diario *Le Point*.

** El presente Ensayo es la versión íntegra del que fue publicado resumidamente en *El Mercurio* el día 14 de mayo de este año.

menos que vaya acompañada por hechos. ¿En consideración de qué, a cambio de qué, hemos de depositar nuestra confianza en los líderes de los sistemas comunistas, confianza que negamos a nuestros propios líderes occidentales, a quienes evaluamos usualmente no por sus promesas sino por sus actos? Este escepticismo altanero, que no perdona a nadie en casa, ¿debe desvanecerse cuando pensamos en el Este?

Desde luego, debemos incorporar a nuestra política un cálculo de lo posible, que nos permita tomar en cuenta la dirección esperable de tal o cual sistema comunista y ajustar nuestras acciones en forma consecuente. Difícilmente sería beneficioso para nosotros —o, si vamos a ello, para toda la humanidad— que no aprovecháramos toda oportunidad de reducir el coeficiente de totalitarismo en el mundo. Pero debemos igualmente abstenernos de actuar de manera tan precipitada que nos lleve a rescatar a los sistemas totalitarios de sus fracasos, y con ello a eliminar para ellos el imperativo de una liberalización. Además, un régimen comunista puede emprender una reforma interna sin dejar de ser una amenaza más allá de sus fronteras; la ecuación que formulan muchos soviólogos entre el espíritu de la reforma y el de la paz no se basa sino en la fe. A través de las eras, la prosperidad y la pobreza han engendrado, en igual medida, la voluntad de conquista y agresión. Y aunque bien puede ser el caso que las necesidades económicas obliguen al sistema comunista a reducir sus gastos militares, al menos por un tiempo, esto no ocurrirá si los países capitalistas, actuando por empatía y esperanza, se precipiten a suministrarle ayuda en cantidades suficientes para eximirlo justamente de la necesidad de tomar esta decisión.

A este respecto es útil tener en mente que para el comunismo y el socialismo en general, la *irreversibilidad* se ha considerado siempre un principio orgánico. Toda revolución socialista apunta a abolir las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales existentes para reemplazarlas, de una vez para siempre, por otras nuevas; aun propone hacer otro tanto con el hombre mismo. Obviamente, pues, una transición al socialismo implica mucho más que una simple sucesión de gobiernos, pues una sucesión en sentido opuesto es inconcebible.

Sin el factor de la irreversibilidad, la noción misma de socialismo pierde todo significado. Esto rige también para los sistemas socialistas no totalitarios, y para los que funcionan en el marco de una democracia pluralista. “Debemos crear las condiciones para una transición irreversible al socialismo”, dijo Jean Poperen, entonces número dos del partido socialista francés, con ocasión de la victoria electoral de esa colectividad en 1981. “No habrá vuelta al pasado”, agregó Louis Mermaz, presidente de la Asamblea Nacional. Un confidente de Pierre Mauroy, Primer Ministro en esa época, escribe en sus memorias: “Mauroy era un demócrata, pero una reversión *después* de una victoria de la izquierda era para él una idea intelectualmente carente de contenido”. Es verdad que llegado el momento ninguno de estos hombres pudo o quiso actuar en conformidad absoluta con sus convicciones, pero fueron ideológicamente consecuentes al expresarlas.

Aunque todo régimen, gobierno, presidente, funcionario y subalterno en cualquier país lucha por permanecer en el poder el mayor tiempo posible, y persigue ese objetivo por medio de la habilidad, la fuerza, la astucia y el

talento, día tras día, en todas las formas posibles, son sólo los socialistas, y mucho más los comunistas, quienes convierten el principio de la permanencia en asunto central y vital en su proyecto político.

Un último punto preliminar: se ha hecho habitual trazar una línea divisoria entre sociedades democráticas y no democráticas, distinguiéndose luego, en esta última categoría, entre sistemas autoritarios y totalitarios. Pero la división política más importante en el mundo no separa, en verdad, a los grupos supuestamente principales de demócratas y no demócratas, sino más bien a los totalitarios y el resto. Casi toda la historia humana lo es de sociedades no totalitarias y no democráticas; de ellas, después de todo, surgieron las democracias. Pero, ¿puede surgir la democracia del totalitarismo? Esa es la gran pregunta de hoy.

En modo alguno es un problema sencillo. Si la democracia es un sistema en que el electorado puede destituir a un gobierno que no le gusta, y el autoritarismo otro en que el pueblo no puede hacer cambios en el gobierno pero sí lograr con el tiempo un cambio de régimen, en un sistema totalitario, al menos hasta ahora, el pueblo no puede hacer modificaciones ni en el gobierno ni en el régimen. Comparados con las evoluciones, revoluciones, transformaciones y retrocesos que han sufrido todos los otros tipos de sistemas políticos, el totalitarismo en general y el comunismo en particular muestran una diferencia no sólo de grado, sino de sustancia.

¿Qué capacidad interna tienen los sistemas comunistas de transformarse, mediante la evolución o la revolución? ¿Existen ejemplos, pasados o presentes, de esta transformación?

Erupciones como la revuelta alemana-oriental en 1953, la húngara en 1956, la Primavera de Praga en 1968 y las numerosas insurrecciones polacas son, en verdad, inconcluyentes. Lo que existe en esos países es, en todo caso, un comunismo derivado, que se mantiene sólo por medio de la fuerza externa. Por cuenta propia, estos Estados no se habrían hecho comunistas, aunque algunos de ellos tenían partidos comunistas fuertes (pero no más que el italiano); pertenecen más bien a la misma categoría de los países ocupados o colonizados. Hasta en Rumania, aun en Corea del Norte, cuya tiranía exhibe gran número de rasgos indiscutiblemente autóctonos, el régimen debió ser impuesto desde fuera por Stalin. Un indicio seguro de la naturaleza secundaria de estas diversas dependencias comunistas es que siguieron fielmente la línea de la reestalinización cuando esa era la norma, y ahora marchan obedientemente tras Gorbachov por el camino de la "perestroika" y la "glasnost". Para citar a La Bruyère, "Un hombre devoto es el que se hace ateo bajo un rey sin dios".

Por cierto, el fracaso económico y el descontento popular en las naciones satélites también son fuente de problemas para el Estado soviético, no menos que la efervescencia de las nacionalidades dentro de su territorio. Aún así, en verdad sólo en los sistemas centrales, los países autónomos que rigen el sistema —especialmente la Unión Soviética misma y China continental—, debe observarse el proceso de reversibilidad, si es que existe en absoluto.

La única verdad imponente con que todos pueden concordar, aunque no sea sino porque la proclaman a viva voz los propios líderes, ya sean Deng Xiao Ping, Gorbachov o hasta Pham van Dong, es que la economía socialista está en todas partes en estado de colapso. Los gobernantes se han visto *obligados* a la reforma. Leer el informe de Gorbachov a la conferencia del partido del 28 de junio de 1988, con su énfasis obsesivo en la escasez de alimentos, es regresar a la incierta atmósfera de la especulación occidental en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Gorbachov es difícilmente el primer secretario general que recurre al lenguaje apocalíptico para describir la situación que le legaron sus antecesores. El asunto, sin embargo, es que la penuria invariable de la Unión Soviética constituye en y por sí misma tanto una definición de la crisis como un factor que la agrava constantemente. Cada vez menos puede presentársela como una condición temporal o circunstancial; cada vez más se la reconoce como conducente a la parálisis estructural del sistema entero.

Durante 70 años, los expertos occidentales han desplegado un ingenio inagotable en su intento de explicar la decrepitud infinita de las economías comunistas por cualquier factor que no sea el propio comunismo; en la actualidad, estas explicaciones no convencen ni a los comunistas. Estos no sólo reconocen en privado, sino hasta confiesan en público, que el sistema, *como tal*, se halla en un callejón sin salida. Esto es nuevo, y confirma las teorías no de soviétólogos “benignos” como Stephen Cohen y Moshe Lewin, sino ante las de críticos como Richard Pipes, Martin Malia, Mijail Heller, Hélène Carrere d’Encausse y (por citar a un profano muy lúcido) Emmanuel Todd. El comunismo, enfatizan estos analistas, se volverá hacia la reforma no por voluntad propia, sino porque ya no tendrá alternativa. El impacto de la renovación está ligado indisolublemente a la evidencia de una crisis absoluta.

En cuanto a los remedios que ahora se proponen, el primero, y el que ha causado la impresión más profunda en Occidente, es el derecho a llamar las cosas por su nombre, en otras palabras, la “glasnost”. Esta tiene una gravitación sobre el acontecer del presente —en la libertad que se otorga a la prensa de dar a conocer fracasos, grandes y pequeños— y también sobre el pasado, al llenarse las notorias “páginas en blanco” de la historia soviética, rehabilitarse a las víctimas del estalinismo e iniciarse, como quiera que tímidamente, una reevaluación del propio Lenin.

La epidemia de verdad, si se lleva al límite, puede conducir rápida e inexorablemente a una condena de toda la historia soviética, vista en este momento como una gigantesca equivocación, del mismo modo en que las acusaciones planteadas contra Mao después de su muerte hicieron que todo su régimen, y con ello la historia de la misma China comunista, no pareciese sino una larga y abominable serie de errores y de crímenes. Esta es una de las razones por las cuales los líderes comunistas continúan afirmando que el socialismo sigue siendo prístino y benefactor. Pero entonces, ¿cómo es que un principio tan satisfactorio no ha tenido sino resultados execrables? Las iniciativas como la de Gorbachov siempre se han emprendido en nombre del “verdadero” socialismo y contra su falsificación. ¿Cómo es entonces, una vez más, que hasta el testimonio de sus partidarios señala que nunca ha habido otra cosa que socialismo falso? ¿Y qué ocurriría si el llamado seudosocia-

lismo resultara ser idéntico al verdadero? Terrible pregunta; pero la “glasnost” real no llegará sino cuando se reconozca y de algún modo se supere la contradicción.

¿Se ha acercado Gorbachov significativamente más que sus antecesores a ese fatídico momento de la verdad? En su momento, el informe de Jruschov al vigésimo congreso del partido, el deshielo posestalinista, la liberación de decenas de miles de prisioneros del *gulag*, la publicación de “Un día en la vida de Iván Denisovich” de Solzhenitsyn, provocaron terremotos tan violentos al menos como los que suscita la “glasnost” en nuestros días. Fue Jruschov quien gritó al mundo los secretos más horribles; las revelaciones recientes sólo completan el cuadro, agregándole un poco de color. A la luz de lo que siguió a Jruschov, la pregunta pasa a ser, pues, acaso la apertura de hoy cederá el paso a la oscuridad, así como el Deshielo fue sucedido por una segunda Glaciación. La misma reversión del comunismo puede, en este sentido, ser reversible, y es probable que continúe siéndolo mientras el sistema continúe siendo lo que es.

La “glasnost” de hoy, como el Deshielo de ayer, es un don que viene de arriba. Se trata de un instrumento con que el secretario general puede consolidar su poder, empleando a la prensa para atacar y, poco a poco, eliminar a los hombres de sus antecesores. Cuando un delegado a la conferencia partidista de junio pasado pidió la destitución de Andrei Gromyko y Yegor Ligachov, cumplía implícita, y quizás explícitamente, el mandato del propio Gorbachov, quien incidentalmente, intervino para reprender al orador por su vaguedad y exigirle que diera nombres. Pero que aparezca un diario cuya intención sea servir no como mero instrumento en la lucha gorbacheviana contra “conservadores”, sino como una voz verdaderamente autónoma, ¡y veremos las desgracias que sobrevienen!

Es lo que ocurrió con el periódico no autorizado *Glasnost*. En mayo de 1988 fue encarcelado Sergei Grigoryants, su editor, mientras los muebles de la redacción, las maquinarias y los manuscritos eran confiscados por la policía. Encarando a un defensor verdadero de la libertad de expresión, que había escapado a su control y se negaba a jugar en su tablero de ajedrez, Gorbachov retornó velozmente a las usanzas y el lenguaje totalitarios, declarando a un periodista del *Washington Post* (22 de mayo de 1988) que el editor de *Glasnost* era “un parásito financiado por Occidente, un fenómeno ajeno a nuestra sociedad, que hacía uso ilícito del proceso democrático”.

Aún así, dejando de lado las descalificaciones, por una parte, y la mística extasiada, por la otra, la “glasnost” parece haber ido un poco más lejos que los deshielos anteriores y las “Cien Flores”. Tanta libertad han llegado a tener periodistas e historiadores para investigar el pasado y el presente que dar marcha atrás será muy difícil; el apetito ciudadano de información, una vez acicateado, no se calmará muy pronto. Es cierto que el público y el objetivo principal de la “glasnost” sigue siendo Occidente, seguido por la *élite* intelectual soviética; pero ha habido un efecto innegable de desborde hacia la gente común, audiencia mucho más escéptica, es verdad, pero que a estas alturas ha llegado a contagiarse profundamente con el microbio.

Al menos en parte, pues, la "glasnost" es un fenómeno verdaderamente nuevo, habiendo considerado, sin duda, Gorbachov que a este respecto debía mostrar tanta amplitud como vasto es el abismo económico. Aunque sigue siendo una técnica de la política de poder, y como tal difiere fundamentalmente de la verdadera libertad de expresión como se la entiende y practica en una democracia, la "glasnot" no es por ello una realidad menos perceptible.

No podemos decir lo mismo de la segunda bandera de Gorbachov, la "perestroika".

La opinión unánime de quienes visitan la URSS, la del propio líder soviético en su testimonio ante la conferencia especial del partido en junio pasado, y especialmente la de una ciudadanía profundamente descontenta, es que aun desde 1985 la situación económica ha empeorado, en términos tanto de la productividad como del nivel de vida. Los alimentos escasean mucho más, y son mayores las dificultades para encontrar hasta los productos más sencillos, que en algunos casos simplemente han desaparecido. Son incesantes las quejas sobre la escasez y la mala calidad de los productos agrícolas e industriales, sobre los precios, la inercia burocrática, los sistemas absurdos de distribución, etcétera. En septiembre, durante un viaje a Krasnoyarsk, el secretario general fue recibido por una multitud que exigía salchichas y agua caliente. De acuerdo con el reportaje de un diario occidental, "la opinión general era que las condiciones de vida nunca habían sido tan malas en la Unión Soviética en los últimos 20 años". Los expertos pronosticaban una grave hambruna para este invierno. Las circunstancias, decían, obligarían a Gorbachov a reconsiderar sus principios de "reforma" y "reestructuración".

En cuanto a qué son estos principios, sus lineamientos principales se formularon muy claramente en un artículo favorable del diario francés *Le Monde*: "Las reformas se plantean sobre la base de estos puntos esenciales: (1) la mayor autonomía posible para las empresas del área económica; (2) una completa revisión de las estructuras de administración a escala nacional; (3) sujeción de todos los cambios a las necesidades y requisitos de cada director de empresa... El informe (del Premier) indica también que el principio de la ganancia es fundamental para la vida económica del país, y que es necesario aplicar mecanismos como sistemas de precios y créditos, para aumentar los incentivos materiales de trabajadores y empleados". A lo cual puede agregarse lo escrito por otro articulista de *Le Monde*:

"No puede minimizarse el alcance de esta reforma. Desde todos los puntos de vista imaginables, es sin duda de primera importancia... Si logra llevársela a cabo, sus consecuencias serán de gran importancia. Gradualmente, se logrará una modificación radical de todo el sistema soviético de planificación".

Finalmente, un tercer analista de *Le Monde* ha captado claramente el vínculo entre la reforma económica y la necesidad de una democratización:

"Es evidente que si la primera nación socialista quiere conservar el papel conductor que se ha atribuido durante tanto tiempo, debe evolucionar en dirección a una mayor democracia".

Estos tres pasajes reflejan adecuadamente la esencia de las innovaciones gorbachovianas y lo que implican para el futuro. Pero hay una pequeña trampa. El primero apareció en *Le Monde* el 29 de septiembre de 1965; el segundo el 29 de diciembre de 1964; y el tercero el 20 de febrero de 1965. En otras palabras, no se refieren a la época de Gorbachov, sino a la de Brezhnev, personaje a quien se identifica habitual y plenamente con el “estancamiento”. Pero esto es injusto, y ciertamente no lo mereció en los primeros años de su período. Las reformas que defienden los analistas de *Le Monde* incluían el famoso plan Liberman, apoyado por Kosygin, y el plan Kudenko, que apuntaba a conferir mayor independencia a los *koljós*. Por cierto, podríamos estar leyendo al corresponsal moscovita de *Le Monde* en 1988, por la satisfacción que muestra su antecesor de 1965 ante “la prolijidad con que el nuevo equipo emprende la tarea de elevar la cantidad y calidad de los bienes para satisfacer las necesidades de bienestar del pueblo soviético, que lo merece, con mucho, tras casi medio siglo de tribulaciones. Para cumplir este objetivo parecen inevitables... gran número de cambios fundamentales. La flexibilización del dogma resulta ahora un asunto aceptado”.

Esta “flexibilización”, aclaremos, tuvo lugar realmente, pero, como ha ocurrido con todos estos respiros, sólo en forma provisional. No queremos decir con esto que ninguna reforma del sistema comunista pueda conducir jamás a un cambio estructural duradero. Antes, mi propósito al aducir los hechos del pasado es sugerir que, a cada nueva andanada de elogios de los medios occidentales, es aconsejable reflexionar y preguntarse si esta última “perestroika” ha aportado cambios verdaderamente sin precedentes comparados con reformas anteriores. ¿La función de estos anuncios espectaculares es sencillamente lograr nuevos créditos de Occidente, o estamos, finalmente, en presencia de algo serio?

Las iniciativas similares anteriores siempre han encallado en dos bajíos: la incompatibilidad de la verdadera reforma económica con la mantención del sistema económico; y la necesidad de que la reestructuración económica vaya acompañada de cambios políticos.

Podemos formular el problema de esta manera: la única forma real de reformar el socialismo es sacudírselo de encima. Mientras los dirigentes comunistas insistan en reestructurar el sistema *para salvarlo* irán por un camino falso. Sin duda, pueden alcanzar mejoramientos funcionales y temporales; les es posible, por ejemplo, aplicar elementos de una economía de mercado y lograr con ello muchos resultados positivos, como ha demostrado China. Pero eso no es lo mismo que una solución radical. Los proyectos de Gorbachov, que se aclaman como los más audaces, ya se han experimentado en Hungría o en Yugoslavia, sin que ninguno de ambos países se haya librado del inevitable fracaso. Mientras se mantenga el molde básico, las reformas no serán sino pérdida de tiempo.

El secretario general del partido comunista chino, Zhao Ziyang, admite (como todos los comunistas en la actualidad) la necesidad de suavizar el estatismo económico, pero agrega: “Pretendemos tomar dodo lo que es positivo de los extranjeros, inspirarnos en ello y absorberlo..., pero la base de nuestro sistema sigue y seguirá siendo el socialismo”. De modo similar, tras

anunciar las muy negativas cifras económicas para 1987, Gorbachov declaró ante el comité central que su objetivo era revitalizar la anémica economía soviética, eliminar la ineficiencia, el derroche y la corrupción, pero que al mismo tiempo pretendía fortalecer el socialismo y no sustituirlo: "No nos alejaremos un centímetro del camino del socialismo, del marxismo-leninismo". Aun teniendo en cuenta la naturaleza mecánica del conjuro, sigue siendo el caso que Gorbachov quiere una cosa y al mismo tiempo su contrario.

La noción de "mercado socialista" no es ni práctica ni intelectualmente admisible. Lenin tenía razón: no hay "tercera vía". Los comunistas chinos que se frotan ávidamente las manos pensando en el momento en que asuman el control de Hong Kong imaginan que se adueñarán de una fuente permanentemente de riqueza, cuando su presencia misma no puede sino secarla. Porque el socialismo y la competencia habitan en dos universos diferentes, y no pueden ponerse en práctica simultáneamente. Quizás fuera entretenido tratar de andar en bicicleta sobre las olas o navegar en bote por entre los árboles, si somos un país comunista y practicamos estos juegos hasta podrán recompensarnos con subsidios, préstamos de toda clase, créditos empresariales y ayuda tecnológica occidental, para no mencionar la felicitación entusiasta de expertos y periodistas. Pero, tras intentar organizar alguna rivalidad entre empresas colectivas, tras introducir el concepto de utilidad (¿medido de qué manera?), descentralizar el mecanismo de toma de decisiones y poner sobre aviso a administradores y trabajadores de que serán responsables de su producción, seguiremos encontrando que no hay competencia de verdad, ni verdadera modernización.

Y por una razón muy sencilla: la competencia no puede decretarse. Funciona a contrapelo, como lo demuestra el hecho de que, aun en una economía libre, las empresas rivales se esfuerzan por neutralizar a la competencia mediante aranceles y acuerdos comerciales. Para que florezca la competencia debe estar arraigada en la institución subyacente de la propiedad privada. Sólo entonces se convierte en una realidad básica de la vida. Para que se despliegue realmente su capacidad de estímulo a la creatividad, la condición indispensable, ya que no suficiente, es la propiedad privada de los medios de producción agrícolas no menos que industriales. La transformación de los *koljós* soviéticos en predios arrendados a largo plazo, esto es, la transición en teoría de la servidumbre a la condición de arrendatario de la tierra, no bastará en sí misma para recrear aquella clase de campesinos competidores e industrioses, los *kulaks*, que el sistema soviético emprendió la tarea de exterminar.

La verdadera reversibilidad entrañará entonces despojar del poder al comunismo: no sólo desmantelando el sistema de planificación centralizada, sino restableciendo la propiedad privada; no sólo otorgando una semiautonomía a determinados sectores económicos, dentro de marcos fijados por el partido, sino permitiendo la posesión de empresas y de bienes. En pocas palabras, con el capitalismo; todo lo demás son palabras vacías.

Lograr todo esto en el ámbito económico, sin embargo, significa alcanzar la democracia en el político. Y aquí, una vez más, el socialismo demuestra ser un obstáculo pertinaz.

En verdad, el socialismo jamás ha sido un sistema económico *per se*. Es un sistema político que, para sobrevivir, necesita destruir toda vida económica. No debemos imaginar que a los gobernantes socialistas *les gusta* presidir economías en condiciones de crisis irremediable. Evidentemente, preferirían que prosperaran. Pero hay sólo una forma de lograr este milagro, y es cometer un *harakiri* político. A falta de esto, el arte de manejar países comunistas consiste en lograr, por medio de expedientes que incluyen la caridad capitalista, la subsistencia de un sistema económico no viable, que sólo ofrece beneficios económicos a los gobernantes y a la clase que los sirve.

El pueblo paga el costo de estos expedientes, y lo mismo el mundo democrático. La protección funciona desde hace mucho como componente estructural de las economías comunistas, y esto nunca ha sido más impresionante que en los períodos de reforma activa, creadores de corrientes de simpatía que catalizan el influjo de nuevos capitales y tecnología occidentales. Pero, en lo que respecta a la independencia de una economía comunista en ausencia de nuestra ayuda, ella no puede darse sin una democratización, esto es, el fin del estado monopartidista, el término del monopolio del poder ejercido por el partido comunista.

Gorbachov tuvo razón cuando, en su discurso de clausura de la conferencia partidista de junio de 1988, puso un énfasis honesto en la afirmación de que la reforma económica va de la mano con la política. Pero, ¿qué clase de evolución política proyecta? Extrañamente, la reforma que propone, en nombre de la democratización, tenderá a estimular no el desarrollo de la sociedad civil, sino la concentración ulterior del poder en la cúpula.

Gorbachov quiere reducir al partido expandiendo el Estado, y con este fin ha propuesto dejar la responsabilidad por ambos en manos de una sola persona: él mismo. En forma análoga, bajo la cúpula, los secretarios partidistas de nivel regional o nacionales participarán en elecciones para la presidencia de su *soviet* correspondiente. La idea es que los caudillos del partido se sometan de este modo a la votación "democrática" de los "representantes del pueblo". Si un secretario no es elegido presidente del *soviet*, deberá abandonar su puesto en la colectividad; esta norma se aplicará también al secretario general.

Este hermoso esquema deja en pie un obstáculo esencial para la democracia, a saber, el partido único. En sus votaciones, los miembros de los *soviets* podrán escoger, en el mejor de los casos, entre varios "candidatos" surgidos de las filas del partido o sus cercanías. Como fuere, los comunistas no corren mucho riesgo, porque los *soviets* ya están en manos del partido, que en general se reserva una muy vasta mayoría. De este modo, antes de elogiar, como un paso hacia la democracia, este nuevo requisito de que los caudillos del partido "postulen" a los cargos, debemos preguntarnos en primer lugar cómo se eligen, o más bien designan, en los *soviets* los "representantes del pueblo".

No basta que haya "pluralismo" entre personas que pertenecen sin excepciones al mismo partido único. Para que pueda hablarse de democratización en la URSS debe ser posible allí crear libremente partidos procapitalistas, liberales o socialdemócratas, capaces de llegar al poder si reciben el

mandato del voto popular. Acaso un régimen determinado es democrático se mide no de acuerdo con algún abstracto diagrama de flujo de los cargos e instituciones, sino según la esencia y disposición de las fuerzas que dan forma a éstas. Esto es lo que resulta sorprendente en el análisis de la nueva Constitución soviética, que hizo el ex Presidente francés Valéry Giscard d'Estaing:

“Un presidente elegido por cinco años, que dirige la política exterior y de defensa y designa al primer ministro; un parlamento, el Soviet Supremo, compuesto por 400 miembros, con facultades para legislar y sesionar continuamente durante el año; un congreso de diputados del pueblo, formado por unas 2.500 personas, que se reúne una vez al año para debatir sobre las materias políticas importantes, y encargado de elegir al presidente de la Unión Soviética —la analogía con la Constitución norteamericana es clara. El congreso de diputados del pueblo se parece a las convenciones demócrata y republicana, el Soviet Supremo al Congreso y, desde luego, el Presidente al Presidente”.

Sí, la analogía es clara; el único problema es que pierde de vista lo esencial. El análisis de Giscard refleja con mucha claridad la tendencia persistente de este hemisferio a extrapolar descabelladamente, a partir de indicios embrionarios de reforma, en los países comunistas, y a aplaudir, como si fueran cambios milagrosos, medidas que siguen estando restringidas férreamente por las rígidas limitaciones del sistema.

Porque, ¿de qué se trata aquí? Gorbachov dice: no hay reforma económica sin reforma política. Los occidentales traducen: no hay economía de mercado ni libre empresa sin democracia política. Pero esto no es en modo alguno lo que quiere decir Gorbachov. Es cierto, desea resucitar la economía y eliminar la burocracia corrupta e ineficiente. Pero pretende hacerlo, hasta donde sea posible, dentro del mismo y antiguo marco administrativo, y no permitiendo una verdadera rotación política. Como hemos visto, el único medio de que dispone (sin salir del sistema) es poner al partido bajo el control de los *soviets*, o más bien fundir las dos estructuras piramidales en una sola cúpula. Pero esta nueva disposición sigue siendo interna al sistema, y tiene poco en común con la democracia como nosotros la entendemos. En virtud del plan que se anunció perentoriamente el pasado primero de octubre, y que ratificó el Soviet Supremo el primero de diciembre, el comité central pierde muchos de sus poderes y prerrogativas, lo que significa que el partido abandona en gran medida su control del mecanismo mediante el cual ha manejado la economía, y esto sólo puede conducir a una mayor autonomía. Pero los *soviets*, de cualquier modo, no se hacen más democráticos, y en la cúpula, como advirtió Andrei Sajarov, se fortalece la autocracia encarnada en Gorbachov.

Si basamos nuestra evaluación del comunismo sólo en los hechos reales, y no en lo que nos complace imaginar, veremos que se trata, propiamente, de un avance a medias.

Las mismas consideraciones se aplican al comunismo en su aspecto externo.

En los últimos 15 años ha ocurrido una sorprendente inversión: en diversos teatros de operaciones, las fuerzas comunistas han sufrido una serie de graves reveses y —hecho significativo— la guerrilla, hasta ahora táctica empleada contra otros sectores, se ha vuelto contra el propio comunismo. Ya desde hace un decenio en Angola, Afganistán, Mozambique, Nicaragua, Camboya y Etiopía los “revolucionarios”, los guerrilleros, han sido anti-comunistas.

A la derrota militar total o parcial de las fuerzas comunistas debemos agregar una lista de catástrofes económicas —aun en países donde no ha habido que combatir con movimientos guerrilleros— tan abismante que ha asestado un golpe mortal al socialismo tercermundista. La Unión Soviética ha debido declararse finalmente incapaz de mantener militar o económicamente a todas las colonias distantes que con tanta facilidad anexó a su bando después de 1975.

En su libro reciente, “Auge y Caída de las Grandes Potencias”, Paul Kennedy atribuye la pretendida decadencia de los Estados Unidos a la extensión excesiva de su imperio. La idea dista de ser nueva; la analizó hace siglos Montesquieu en sus “Reflexiones sobre las causas de la grandeza y decadencia de Roma”. Más allá de cierto límite, los territorios que una autoridad política central desea controlar se hacen tan vastos o remotos que hacen imposible el funcionamiento adecuado del sistema y se convierten en un lastre económico para él. Pero lo sorprendente es que en la actualidad el concepto de “expansión imperial excesiva” es aplicable menos a los Estados Unidos (país que está obligado a pedir a sus aliados permiso de rodillas para mantener bases en su territorio) que a la Unión Soviética. Sencillamente, Moscú ya no tiene medios para continuar subsidiando a regímenes cuya subsistencia sólo es asegurada por los “asesores”, las armas y el dinero soviéticos, y esto simultáneamente en Africa, Latinoamérica, el Cercano Oriente y el sudeste y centro de Asia.

En esa medida, puede hablarse con fundamento de un reflujo estratégico del comunismo. Pero observemos que los retrocesos son a partir de conquistas hechas después de 1975, y sólo en algunas de ellas, mientras otras no han sufrido variaciones en absoluto. Así, aunque los casos de retirada demuestran que en la actualidad Moscú considera demasiado costosa y riesgosa en algunos casos la conquista territorial directa, el balance final será positivo para el Kremlin en lo que respecta a todo el período entre 1975 y 1990.

En cuanto al resto, la URSS ha dominado el arte de sufrir derrotas militares sin asumir sus consecuencias políticas. Los Acuerdos de Ginebra sobre Afganistán le son extremadamente favorables, y ahora emplea el pretexto de la “intromisión” de Pakistán para suspender la retirada de sus tropas y asegurar la subsistencia de un régimen favorable en Kabul. Respecto de Nicaragua, los soviéticos han puesto muy hábilmente de su parte al Congreso estadounidense. En Angola lograron que se realizaran “conversaciones de paz” internacionales sin la participación de UNITA, el victorioso movimiento de resistencia encabezado por Jonás Savimbi; en septiembre de 1988 los sudfricanos retiraron tropas de Angola mientras los cubanos enviaban refuerzos. Es probable que algunos soldados vietnamitas hayan abandonado efecti-

vamente Camboya, pero sólo tras desplegarse una fuerza militar menos visible que asegure el control estratégico de Hanoi sobre un país donde, además, los soviéticos tienen numerosas bases aéreas militares.

El poderío aéreo y naval soviético aumenta al mismo ritmo en el Pacífico Sur. En 1987, en Vladivostok, Gorbachov proclamó en tono enérgico que la Unión Soviética pretendía incrementar su presencia en el Océano Pacífico. Nada de inquietudes sobre "la expansión excesiva del imperio" en este caso.

Finalmente en Europa, Gorbachov impulsa las políticas de sus antecesores con prodigioso encanto maquiavélico, entonando hipnóticamente la palabra mágica "desarme", y prosiguiendo en ello la maniobra iniciada por la URSS hace una generación para separar a Alemania del resto de Europa y a ésta de los Estados Unidos. Gorbachov pretende alcanzar por la seducción lo que Brezhnev y Gromyko casi consiguieron con amenazas. Proclama la disposición soviética a aceptar reducciones asimétricas de armamento a ambos lados de la Cortina de Hierro. Pero el desarme no significa nada en y por sí mismo: a los soviéticos les importa poco tener menos armas si el equilibrio de fuerzas Este-Oeste continuara siéndoles favorables. Teniendo en cuenta la decadencia interna de los países comunistas de Europa central y la erosión consecuente del terreno en que se basa la ventaja militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia, no tienen tiempo ilimitado para practicar este juego. No es de extrañar que Gorbachov parezca un hombre muy apurado.

Numerosos autores checos, entre ellos Jiri Pehe, Petr Fidelius y Vaclav Havel, han desarrollado un concepto nuevo, el de "sociedad post-totalitaria", caracterizada por sobre todo por la desaparición del terror masivo. Aluden a un cambio verdadero y palpable que ha tenido lugar en el comunismo europeo oriental, a pesar de que, aun siendo ése el caso, debemos señalar que Albania, y especialmente Rumania, todavía practican el terror, o han vuelto a emplearlo, y que en la Unión Soviética misma en el decenio de 1970, que no es exactamente la prehistoria, Andropov tenía la costumbre de liquidar físicamente a los opositores al régimen mediante el tratamiento "siquiátrico".

Pero aunque, en general, existe considerable menos temor en la URSS y sus satélites desde el comienzo de la "glasnost", el terror masivo y el genocidio difícilmente han desaparecido del mundo comunista en su conjunto. Todavía puede haber quienes piensen que el comunismo ha evolucionado espontáneamente en dirección hacia una dulzura e iluminación cada vez mayores; globalmente, sin embargo, rara vez ha sido tan cruel como en los últimos 15 años. Lo que ocurre en Moscú es interesante, y más todavía lo que se dice en esa ciudad; pero es necesario mirar también en otras direcciones.

Y en otras direcciones tenemos los 100 mil muertos de Yemen del Sur en 1986; en otras direcciones están el comunismo faraónico o dinástico de Cuba y Corea del Norte, países donde el terror masivo definitivamente prevalece; las ejecuciones en masa de Etiopía, la hambruna fabricada, los desplazamientos a menudo mortíferos de poblaciones enteras; el Madagascar comunista, despótico y malvado; el genocidio físico y cultural del pueblo tibetano perpetrado por los comunistas chinos; los miles de presos políticos en la

Nicaragua sandinista, por poco que pesen en la conciencia de Amnesty International, los millones de civiles masacrados en Afganistán.

Este pequeño recuento hace pensar en la duradera popularidad del modelo estalinista en el Tercer Mundo. A pesar de algunas variaciones, la pauta básica es la misma. En Vietnam, tras la victoriosa invasión del sur por los soldados del norte, el antiguo proceso comenzó de nuevo: colectivización forzosa de la tierra, campos de reeducación, terror masivo. En 1976 el partido comunista vietnamita creó “nuevas zonas económicas” a las que se trasladó por la fuerza a varios millones de personas, bajo vigilancia militar. Medio millón de trabajadores fue enviado contra su voluntad a la Unión Soviética, como mano de obra gratuita para el oleoducto siberiano que suministra gas a Occidente. Como antes en la URSS o en China, los drásticos planes destinados a fortalecer la economía no han creado sino el caos. Las ejecuciones sumarias en Vietnam se calculan en 80 mil entre 1975 y 1985; y en otras 15 mil a partir de entonces. Otros 300 mil vietnamitas han muerto como consecuencia de maltratos en los campos de trabajo forzado, y unos 600 mil de quienes intentaron emigrar por vía acuática, la “gente de los botes”, perecieron en el mar.

En otras palabras, la sociedad posttotalitaria es un fenómeno singularmente relativo.

Lo que ocurre actualmente en la Unión Soviética, en China y en otros países comunistas es algo que debemos considerar con espíritu objetivo, cuidando de no confundir palabras con hechos, y teniendo en cuenta que hasta el momento ni un solo país comunista ha sido devuelto ni ha regresado por sí solo a la democracia. A pesar de lo que muchos en Occidente parecen ver como un proceso extremadamente fácil, no es posible citar un sólo ejemplo de reversibilidad comunista *consumado*. La experiencia histórica puede habernos enseñado, más o menos, cómo puede un país evitar caer en ese abismo; pero aún estamos lejos de poder decir: así es como se sale.

Pero si apuntamos realmente a inducir a los grandes sistemas comunistas a democratizarse, lo único que no debemos hacer es ayudarlos a superar sus crisis mientras siguen siendo comunistas. Porque, si no dejamos que la enfermedad transcurra hasta el final, jamás cambiarán fundamentalmente. Sólo si tenemos la valentía de dejarlos evolucionar solos tendremos una posibilidad de ver cumplirse la profética visión que postuló a mediados del siglo pasado Alexander Herzen:

“El socialismo seguirá desarrollándose en todas sus etapas hasta alcanzar sus extremos y sus absurdos. Entonces volverá a escapar del vasto seno de la minoría rebelada un grito de rechazo, y la lucha a muerte comenzará de nuevo, cuando el socialismo, ocupando el lugar del conservantismo actual, sea derrotado a su vez por la revolución venidera, que todavía no podemos avizorar...”.